

leves máscaras— con que el escritor nos hace un guiño de ojos, y en el que —tampoco mentiremos— nos reconocemos. Pero la estrictísima ética de nuestra novelista no le permite siquiera esas pequeñas concesiones. No puede respirar si algo queda oculto; la libertad se hace polvo entre sus dedos, se desmorona, si no expone —insisto en el término— su interioridad —y no exactamente su intimidad— a la acción purificadora de los rayos del sol, aunque lave en la noche oscura: aunque la nocturnidad sea su reino. Pero también sabemos que el dios a quien sirve desde siempre tiene un nombre: Apolo.

Precisamente este es el defecto contra el que se revuelve al tachar a los autores de nuestra literatura del siglo XIX, en los que halla una ocultación, no del todo consciente, que hace peligrar la verdad íntegra de las obras, que pone —a la verdad— al borde del naufragio. Es una razón poderosa contra la que se rebela ya desde su primera salida literaria, y sobre la que se ha extendido con largueza en su fino análisis de *La confesión*. Admitamos este sentimiento sin reservas, pues será el proyectil que lance la renovación del género novelístico, adentrándose en las espesas cuevas de la interioridad humana, para orearlas con el rigor de una nueva perspectiva: la de la modernidad.

Verdad y Mentira. Los molinos de viento son auténticos gigantes que nos derriban con sus aspas. Eso es la literatura. Y si tan cierto es que nos tumban y apalean..., que existe una realidad incontestable, la de la caída que nuestros fantasmas más próximos provocan, cuánto menos habrá de permitirse nuestra escritora, entonces, la impiedad de la ironía..., si el término piedad —entendido desde Max Scheler— aflora intachable en sus mejores páginas. Y no me refiero, claro es, a esa ironía dúctil que se vierte en formas elegantes, andarinas, casi bailables, porque esa gracia sensual y sensitiva, que brota en alas aunque no se desate en risas, alienta en su prosa. Me refiero, obviamente, a la ironía que niega. ¿Por qué no ironiza Rosa Chacel? Porque ha tomado una decisión insólita, a la que dará respuesta: no burlarse del humano bulto dolorido que, en tierra, prueba por última vez a alzar los ojos. Rosa los contempla con piedad, saliendo a su encuentro, porque también su mirada interroga de la misma manera. Y el momento miserable, como escribió Claudio Rodríguez, se transforma en canto. Rosa ha visto la humana divinidad —veraz *imago mundi*— en esos ojos lamidos, casi cegados, por la arena.

Apunta aquí la principal extrañeza con que tropieza el lector moderno, siendo Rosa Chacel tan rabiosamente moderna. Una modernidad distinta, una modernidad originalísima: una modernidad que afirma. Nos hemos criado abrevando en la leche de un gesto amargo, descreído, derrotado..., y no nos convence siquiera la postrera mirada de El Bueno, Alonso Quijano.

Esa fuente constante, manando del centro de nuestra literatura, en donde Rosa bebe. Asombrados nos planteamos un nuevo interrogante: ¿Qué viene a hacer el Bien a estas alturas? ¿De dónde ha salido? Y este encuentro sorprendente con el Bien que no oculta la existencia del Mal, que lo mira de frente y que, podríamos añadir, lo absorbe, nos lo revela en un primer instante como una presencia de rígida figura, sin el atractivo desgarmo del Mefistófeles de nuestro tiempo. Caemos en la cuenta de que el cosmos añorado es el producto de una construcción disciplinada, voluntariosa, de un orden ascético, severo... Una vez más, ese espejismo impertinente de lo puro que no tenemos la seguridad de poder alcanzar. La eterna tentación en medio de nuestra general descreencia. Rosa Chacel saca fuerzas de la flaqueza y de la duda. Quiere lo que, en suma, continuamos deseando: hacer aletear la mariposa disecada con que se cierra *La sinrazón*. El vuelo del alma.

A Rosa se le ha tachado, arbitraria e injustamente, de fría y deshumanizada. Incluso esa comparación, tan tópica ya, con el duro diamante, no ha beneficiado una labor seria de acercamiento real a sus escritos. Por otro lado, su proyección y acoplamiento en la doctrina de Ortega, ha hecho abundar en idéntico lugar común, pero sospecho que quienes se han aproximado a sus novelas desde un punto de vista tan escuálido, esposados por un prejuicio crítico que ha lastrado la observación serena de aquel momento estelar de nuestra historia literaria, han resbalado —convengamos en que sin querer— en la dificultad de su claridad luminosa, en un orden no previsto, en una hondura densa que enfrenta las sinrazones humanas —o las de Dios o las de la vida— con el arma poderosísima de la Razón —el *logos* de las cosas, donde se hace imprescindible el método. Y en Rosa Chacel, además, razón y método se desenvuelven con extraordinaria agilidad: no son grilletes, no encorsetan en absoluto, al contrario, permiten la necesaria movilidad que es privativa del pensamiento..., fluyente, ya desde Heráclito. En una palabra, se han topado de bruces con una paradoja que no han terminado de asir, y menos aún de comprender. La filosofía de Ortega arropa, como una capa de paño calorífico, la obra chaceliana, pero es el Ortega de la profundidad, de la *razón vital*; el Ortega de las *Meditaciones del Quijote* mucho más que el intrépido especulador de las novedades expuestas en *La deshumanización del arte*. Lo que Ortega ofrece a Rosa es ese hondero entusiasta, digamos con Neruda, que parte de un lugar de La Mancha y encuentra la novela: el legado que Rosa recoge con tantísimo amor y conocimiento. Una lectura apresurada de la obra de Rosa Chacel puede conducir a estos errores de visión. Punto y aparte merecería la discusión de aquellas otras interpretaciones que soslayan, que pasan por el paisaje chaceliano ignorándolo: ignorando el espejo de la propia paradoja. Porque en nuestro tiempo, a pesar de vivir bajo ese mismo peso, pronun-

ciar, vocalizando abiertamente, la palabra bien todavía puede resultar anatema. No vendría mal hacerse eco de una voz suficientemente autorizada, que reflexiona sobre este sistema de agazapada censura que existe en nuestra sociedad. Creo que Octavio Paz ha puesto el dedo en la llaga:

En el mundo moderno, el sistema de autorizaciones y prohibiciones implícitas ejerce su influencia sobre los autores a través de los lectores. Un autor no leído es un autor víctima de la peor censura: la de la indiferencia. Es una censura más efectiva que la del Índice Eclesiástico. No es imposible que la impopularidad de ciertos géneros —la de la poesía, por ejemplo, desde Baudelaire y los simbolistas— sea el resultado de la censura implícita de la sociedad democrática y progresista. El racionalismo burgués es, por así decirlo, constitucionalmente adverso a la poesía.

¿Dónde se esconde esta Inquisición subterránea —y privilegiada— que ha mudado los hábitos? ¿Por qué, en fin, se lee tan poco a Rosa Chacel y se la conoce con insuficiencia? Al esfuerzo desinteresado de algunos de nuestros mejores intelectuales, que hicieron posible la recuperación, la *representificación* —empleo el hermoso vocablo de María Zambrano— de la obra chaceliana, ha de sumársele ahora una labor continuadora. La única posible: penetrar en sus novelas, atreverse con ellas. ¿Por qué no escuchar esta respuesta inusual a la paradoja de nuestro tiempo que Rosa Chacel se ha arriesgado a dar? Una respuesta transgresora al orden acostumbrado que, para más colmo, comienza a convertirse en un modelo trivial y de aburrido pose. Su respuesta es audaz: frente al positivismo —racionalismo— burgués, las fuerzas reales, avasalladoras de la sinrazón; frente al caos-rebelde, nihilista, de la poesía moderna, la voluntad de poder ser —no de poder tan sólo—, y la dimensión más auténtica de la razón en el *logos* cartesiano, que no es, desde luego, una cuadrícula. ¿Qué fibra nos toca la valentía de esta mujer, el arrojo de dar la vuelta a las cosas, reconquistando el sentido del principio o del origen? Evidentemente, la fibra más sensible. Donde más duele. Y su mensaje, en el momento histórico en que nos hallamos, resulta actual y, aún diría más, ejemplar. Podemos comulgar o no con las premisas de su silogismo; tenemos, indudablemente, derecho a refutarlas con otros argumentos. Pero antes de llegar a este punto, es preciso conocerla, saber de sus razones y sus sinrazones; esto es: haberla leído. Aun aceptando el riesgo de no dejarnos convencidos en algunas cuestiones de su doctrina —y creo firmemente que la tiene, que profesa una fe—, Rosa Chacel desgrana en su prosa un regalo impagable: el conocimiento, la riqueza de su experiencia. No quiero olvidar que ese regalo que deposita en nuestras manos es, además, una ofrenda. Orgullo y humildad de nuevo. Así debemos tomar su obra. Y merece la pena el afán de dar una respuesta afirmativa a esta entrega sin límites.

Como ya se habrá adivinado, si se han leído entre líneas las páginas precedentes, también el proceso de mi encuentro con la obra chaceliana atravesó por algunas de estas fases de resistencia. Fe e inocencia desertaban a veces o no acudían a las llamadas. El descubrimiento de su deslumbrante claridad la tornaba oscura e impedía, en ocasiones, el avance. Su lentitud prohibía los relojes. Y en el camino hacia ese conocimiento prometido no podían evitarse pendientes y cuestas empinadas, curvas muy peligrosas. Rosa Chacel ponía, además, en entredicho la tentación de los atajos. Ese era el camino que Rosa invitaba a recorrer con la melodía de su escritura. Pero una vez en él, una vez aceptado el compromiso de la necesaria correspondencia —que es el primer puente que nos tiende, el primer presente que nos hace— los momentos de tensa fatiga, de desaliento, se vieron recompensados con el premio de muchos sotos llenos de donaire, de valles nemorosos e ínsulas extrañas; por el recreo de cenas que enamoran: la intensa alegría en el hallazgo de la tan anhelada soledad sonora.

Ese camino, por el que tan diestramente nos conduce Rosa Chacel, es un espejo. Quizá no se parezca demasiado al que se propuso mostrar Stendhal al hablarnos de su arte novelístico, pues en el reflejo que busca Rosa Chacel no contemplamos únicamente un modo de vida o unos seres cuyo encanto y heroísmo nos hechizan, permitiéndonos descansar en la inmovilidad exaltada que provoca todo ideal: un deseo sosegado que sabemos cumplido, desde el principio, al doblar la página final de la novela. El espejo de Rosa es muy otro: lo pone frente a nosotros y nos obliga a mirarlo, implacablemente. Da miedo esa mirada —Dorian Gray no somos todos, pero ¡cuánto nos parecemos!—, esa mirada que nos provoca, que nos incita a vernos mientras nos ofrece el rostro del *hombre cualquiera*. El único, el distinto: el que nos identifica. Una ejercitación dolorosa en la soledad, desde luego, con una incomparable y no menos generosa guía.

Se entenderá ahora con más precisión por qué Rosa optó por el camino expresivo de la novela: era el arma adecuada, pues cabía el método y la libertad suma. De un género extenuado brotaba uno nuevo que no hacía ascos a la confesión ni al pensamiento, y donde, por vez primera, en la extensión total de la palabra, se abría la posibilidad fecundante de la poesía. Tránsito de realidades: lo que ahora se ve es el adentro. Necesitaba Rosa Chacel mucha censura —y Castilla, de donde viene, tiene holguras suficientes—, y un trayecto largo donde ir depositando sus promesas. Feraz ha sido, y está siendo, a pesar de las anfractuosidades del camino, de los baches y de la espera.

Espejos y caminos de la novela moderna, en los que el arduo itinerario enlaza esos mundos, en apariencia escindidos, entre el escritor y el lector: el paralelismo se transforma en convergencia, lo separado se junta y com-